



JOSE AGUSTIN GOYTISOLO

DE CUBA ME GUSTA TODO,
HASTA QUE ME EMPUJEN
EN LAS GUAGUAS

Por VICTOR RODRIGUEZ NUÑEZ. Fotos: ESTUPIÑAN

De aquella tarde en que conversé con José Agustín Goytisolo, guardo una sola imagen: la de un hombre que bebe, pausadamente, una serie infinita de tazas de café. Como apagado estaba el autor de *El retorno*, *Claridad*, *Algo sucede*, *Taller de arquitectura*, *A veces gran amor*, *Los pasos del cazador* y otros libros claves de la poesía española contemporánea. La lectura de los cientos de poemarios que concursaban en el Premio Casa 1984, y las numerosas actividades que suelen realizarse en ocasión del evento, dejaban una clara huella en él. Mas a medida que lanzaba mis preguntas, que se sucedían en la misma proporción que las tazas, Goytisolo se iba animando y al final su estado lindaba con el delirio. "Rafael Alberti es, como poeta y como persona, una catedral" —dijo antes de despedirnos, y no he tenido que recurrir a la grabación para recordarlo. Lo mismo ocurre con estas otras palabras, que fueron las penúltimas: "En España vivimos, desde la perspectiva política, sobre una cuerda floja. Pero ha pasado bastante tiempo desde la muerte del tirano, y el hecho de que seamos un estado monárquico con un gobierno socialista ya no traumatiza a nadie". Nacido en Barcelona, hacia 1928, Goytisolo no es sólo uno de los poetas más importantes de su país, sino también un experto urbanista, oficio al que derivó luego de estudiar derecho. Si resulta cierto que toda buena entrevista es como una casa, su segundo oficio hará de ésta un sitio acogedor, sólido en sus cimientos y nada escaso de luz.

ERASE UNA VEZ

—Uno siempre escribe por carencias profundas, por desequilibrio, y es el caso mío y de mis hermanos —Juan

y Luis. Nuestra madre murió en un bombardeo, durante la Guerra Civil Española, y nuestro padre quedó en tal estado depresivo que nos prohibió hablar de ella, incluso que pronunciáramos su nombre. Así, lo único que nos quedó fue su biblioteca, pertrechada con lo mejor de la literatura castellana y universal, desde los clásicos hasta los autores más contemporáneos, de vanguardia. Era una mujer excepcional, que había sido educada en una escuela de Cataluña, similar al célebre Instituto de Libre Enseñanza de Madrid, y que participaba activamente en la vida cultural de su tiempo. Gracias a ella pudimos conocer una serie de autores que, en apogeo la noche franquista, resultaban prácticamente inaccesibles —como Maehado y Alberti. Desde entonces —y cada uno por su parte— los tres decidimos ser escritores, con la particularidad de que comparábamos nuestras primeras obras no con lo que hacían los muchachos de nuestra edad, sino con los autores que encontrábamos en la biblioteca. Andábamos por los diez o doce años, y semejante actitud hablaba sobremedida de nuestras carencias, de nuestro desequilibrio. Por medio de la lectura de esos libros —y de la escritura— queríamos recobrar la identidad, la imagen de aquella persona ausente de la que no se podía siquiera hablar en casa, y que había sido nuestra madre.

UN LOBITO BUENO

—Mis hermanos y yo no teníamos ninguna prisa en comenzar a publicar, tratábamos de ir siempre sobre lo seguro, más por implicaciones políticas que por consideraciones literarias. En aquellos años duros de la dictadura no podíamos aparecernos con un libro

cualquiera, teníamos que salir a ganar y, felizmente, lo conseguimos. Nuestras primeras obras —que en realidad no eran las primeras, pues habíamos escrito antes cantidad— fueron premiadas de entrada en concursos nada sospechosos de izquierdismo. Después, cuando la situación nos resultó un poco más favorable, mantuvimos el mismo rigor, pero ya por razones mayormente literarias. Lo que podríamos llamar conciencia de estilo, esa manera de ser en lo que se escribe uno mismo, se alcanza el día en que comienzan a gustarte tus versos como si hubieran sido escritos por otra persona. Es decir, cuando el poema se independiza de ti y no sólo tú eres capaz de recordar algún título, alguna línea concreta. Siempre he desconfiado de los poetas que la gente dice admirar mucho, pero de los que más tarde no puede repetir ni un solo verso. Algo anda mal entonces, ya que no puede existir un auténtico poeta que no impacte, que no conmueva y no haga pensar al punto de hacerse inolvidable, imprescindible para seguir viviendo. Y en ello es necesario sobrevivirse, rebasar el contexto, la anécdota y hasta las propias palabras.

¿TODOS LOS CORDEROS?

—Artista no es la persona que siente, que se emociona a menudo y con intensidad, porque si no todos —o casi todos— lo seríamos. Escritor es quien sabe hacernos emocionar, aquella persona que logra transmitir a los demás una idea, aunque ella misma no la haya experimentado jamás. Con toda la razón del mundo, Mallarmé decía que no sólo con buenas ideas o buenos sentimientos se logra hacer una alta poesía, a lo que Pessoa agregaba que el poeta es un fingidor. Ahora bien, soy escéptico en cuanto a la tesis de que se nace artista, pues lo que se ha dado en llamar talento es el resultado de muchas cosas: estudios, medio social, paciencia. Para mí lo esencial es el oficio, ya que no hay talento literario —lo que la gente ve, la manifestación externa— sin él. En este orden, hay que trabajar en dos sentidos que no son opuestos: la experimentación formal y la investigación idiomática. El poeta debe construir un lenguaje propio, que lo individualice, y para lograrlo tendrá en cuenta los avances de la comunicación humana. Sólo así su obra resultará adecuada a nuestro tiempo y estará apta para ser difundida por cualquiera de los medios al uso. Por su parte, es fundamental el conocimiento del idioma en que uno se expresa, los diversos y variadísimos materiales que lo componen. El poeta requiere conocerlos para luego manejarlos y dominarlos según sus necesidades expresivas, experimentar con ellos e imponer su verdad.

Y HABIA TAMBIEN

—Muchas veces, mientras leo el periódico, escucho canciones ridículas o converso con otras personas, capto una frase que no copio exactamente sino en su expresión más correcta. Esos papelitos los voy acumulando en una carpeta, y luego me sirven para desarrollar mi trabajo, que sólo inicio cuando tengo el texto casi íntegro en la mente. En la práctica, escribir para mí es corregir, y en esto soy un poco maniático; podría hacerlo a máquina, con los ojos cerrados, mas prefiero un lápiz y un cuaderno escolar. Mi mujer guarda unas 27 versiones de "Palabras para Julia", un poema escrito en tercetos de versos eneasilabos con cuatro acentuaciones, lo que te da una imagen de mi "método". El verso de nueve sílabas métricas da un tono



más íntimo y conversacional que el octosílabo o el endecasílabo, cosa que se evidencia en la versión musical de dicho texto hecha por Paco Ibáñez, que semeja más bien un diálogo entre el cantante y su público. Sí, en el momento en que tú eliges el tema y la forma del posible poema, has elegido también el lector a que va dirigido, y es tan válido ser entendido por la gran mayoría como por unos pocos lectores. Sucede que autores que fueron calificados en determinada época de "oscuros", luego han sido venerados por las masas y proclamados a los cuatro vientos como poetas populares. Personalmente no me sorprende cuando Paco coge uno de mis libros y dice que tal poema no es para cantar pero aquel otro sí.

UN PRINCIPE MALO

—No soy —y serlo equivaldría al suicidio— un poeta de moda; la relativa popularidad de mi obra en estos últimos años la atribuyo al hecho de haber sido musicalizada con bastante frecuencia. En España, un poemario con buena estrella alcanza cuatro o cinco ediciones de mil ejemplares, por lo que el disco permite una difusión enorme; además, quienes escuchan las canciones hechas con mis poemas luego van a las librerías y compran los libros. Estar de moda es la mejor manera de pasar de moda, pues se debe marchar a favor de la corriente pero jamás en la cresta de la ola, de donde caerás de un momento a otro para ser rebasado irremediamente. Un escritor genuino no debe tener un sentido de la realidad a toda prueba, y someterse en todo momento a la autocrítica, que es la premisa fundamental para el perfeccionamiento, para la superación. Hasta que aparecieron Paco Ibáñez y Joan Manuel Serrat, la canción en mi país era tremendamente ramplona, monótona y repetitiva. Paco tiene una capacidad asombrosa para encontrar una música apropiada a cada poema, y no ha escrito ninguna de las letras de sus canciones. Mas tiene en su repertorio cientos de poemas de autores no sólo de nuestra lengua, sino también de otras —sus amigos les hacemos las traducciones. Por el contrario, Serrat crea la mayor parte de sus letras, aunque en una buena medida su fama se debe a la musicalización de textos poéticos. El canta un par de poemas míos, y Paco cerca de una docena; intérpretes como Nacha Guevara y Massiel también hace cosas mías.

¿UNA BRUJA HERMOSA?

—Un poeta triste, ¿yo? Por el contrario, hay una nota irónica, satírica en varios de mis libros. Escribir me ha ayudado a vivir, a estar alegre entre tanto desastre y tanta miseria moral, entre tanta mediocridad y cobardía. Incluso, he podido dar rienda suelta a mi innata mala leche, y decir cosas que de otro modo no me hubiesen dejado publicar jamás. En la vida no todo es tragedia, titubeo o angustia, sino que también existen momentos de felicidad. El hombre no es unidimensional y así la poesía —que tampoco puede ser siempre optimista, ya que devendría algo monstruoso. El poeta es receptor de todo el dolor humano, pero también de toda la esperanza, y su estado anímico se revela en sus obras. Cuando escribí *Salmos al viento* estaba muy entusiasmado, pues tenía ganas de burlarme de la burguesía española y había encontrado la manera de hacerlo, confundiendo incluso a la censura. Años después repetí el experimento en *Bajo tolerancia*, donde me burlo también de los poetas y por consiguiente de mí mismo. La gente de nuestro

oficio ha estado sometida a tantos azares como las putas, que hoy ganan una barbaridad de dinero y mañana terminan pagando la cama donde hacen el amor. Por cierto, se dice que la prostitución es el oficio más viejo del mundo y no estoy de acuerdo con eso: los primeros escritos de todas las civilizaciones son poemas. La voz fue el primer instrumento musical que tuvo el hombre, y la poesía es la más acabada manifestación de la palabra.

Y UN PIRATA HONRADO

—Como no soy moralista —ni jamás he pretendido serlo— no voy a aprovechar la oportunidad para dicitarle normas a nadie. Además, si he cumplido bien o mal con mi compromiso social, realmente no lo sé ni debo juzgarme. Creo que la mayor responsabilidad de un escritor es con la calidad de su obra, escribir bien, lo cual resulta tanto una cuestión de forma como de contenido. Así las cosas, se puede ser un malhechor y pasar a la historia de la literatura —sobrarían los ejemplos, desde Villon a Borges. Las "Coplas..." de Manrique tendrían el mismo valor que hoy tienen, aunque mañana se descubriera que dicho poeta fue el propio asesino de su padre. Tampoco creo que un escritor socialista sea, sólo por abrazar esta ideología —que sabemos más humana—, superior a un escritor burgués o monárquico. De la misma manera, pienso que una militancia política de izquierda, inteligentemente llevada, no debe perjudicar en absoluto el crecimiento de una obra. En resumen: compromiso y calidad literaria, aunque estén relacionados, no determinan el uno sobre el otro. En lo personal, casi nunca escribo los llamados poemas de circunstancias, sobre todo esos que tratan hechos políticos demasiado evidentes. Nunca he sido capaz de ganarme el auditorio por medio de ciertas muletillas, de ciertos trucos —como invocar al Che, a Vietnam, a Roque Dalton. Lo honesto sería sorprender, evitar el lugar común, y decir algo nuevo, presentando al héroe como un hombre común y no al revés.

TODAS ESTAS COSAS

—Sí, me siento bastante cerca de la lírica latinoamericana, sobre todo de la hecha por mis contemporáneos, que me parece espléndida. He sido durante décadas un asiduo lector de todo tipo de poesía no sólo de nuestra lengua sino también de otras —especialmente la francesa y la italiana. De la primera puedo decirte que ha dejado prácticamente de existir, al no poseer hoy ningún representante de interés. De la segunda he traducido a importantes autores de nuestro siglo, como Pavese, Montale y Ungaretti. Pero he leído con énfasis a los poetas latinoamericanos, desde Huidobro a Cisneros, y me maravilla —en tanto conjunto— las líricas mexicana, nicaragüense y cubana. He viajado —y lo seguiré haciendo mientras tenga salud— infinidad de veces por Latinoamérica, y en cada viaje trato de enriquecer mi lenguaje con los aportes de estos países, tan lejanos geográficamente pero tan cercanos en lo cultural y afectivo. Me fascina encontrar expresiones que quizás a un puertorriqueño o a un boliviano les pasan inadvertidas, pero que son de un castellano que no se utiliza ya ni en la península. Sin ir más lejos, cuando ustedes dicen a una muchacha bien compuesta que "se puso todos los hierros", están hablando un castellano de Cervantes, de las novelas de caballería. Se ha comentado hasta la saciedad el boom de la novela latinoamericana, y en cambio no

se ha dicho ni media palabra sobre la explosión poética que lo acompañó.

CUANDO YO SOÑABA

—Hacia 1970 publiqué en España la antología *Poesía cubana de la Revolución*, un libro que fue todo un acontecimiento y que mantiene todavía una gran vigencia. Me gustaría muchísimo ponerlo al día, actualizarlo no sólo en cuanto a los textos de cada poeta, sino en la propia relación de autores. Me consta que la lírica cubana no se ha detenido en el punto donde yo la dejé, y que ha continuado su desarrollo ascendente. Ahora la cosa sería menos difícil que al principio, cuando me cayeron encima un montón de escritores que yo no conocía, y que tuve que escoger con mucho tacto. No creo haber salido del todo mal parado en esa empresa, y la nueva edición tendría que ser tan audaz como la primera, donde incluí poetas que apenas habían publicado una plaqueta, como Nancy Morejón. Aunque todavía no son las ideales, los poetas trabajan aquí en unas condiciones mucho más favorables que en mi país, lo cual es obra de la Revolución. En España la poesía no entra en los circuitos comerciales, ha sido despreciada como mercancía por los burgueses, y esto trae sus desventajas y sus ventajas. La desgracia de no poder vivir de nuestra obra, de tener que buscar un segundo oficio —casi siempre más indigno que el original— para mantener nuestras familias. La suerte de que la poesía nace entonces, como diría un buen cristiano, de la abundancia de tu corazón, y no de la necesidad económica, de la presión de los editores.

UN MUNDO AL REVES

—Venir a Cuba resulta para mí una felicidad, un acto íntimo y a la vez público, y esta es la sexta vez que lo hago. Sabes, yo tengo algo de cubano: mi bisabuela era de Trinidad, mi bisabuelo de Santiago de Cuba, y el hijo de ellos —mi abuelo— nació en Cienfuegos. En la guía telefónica de esta ciudad aparecen muchísimos Goytisolo, quizás porque los esclavos de mi abuelo, al ser liberados por él, tomaron su apellido de vasco. Tanto mi bisabuelo como mi abuelo participaron en las guerras de independencia, mas la familia volvió a reasentarse en España; este último se casó con una menorquina que conoció en Barcelona, cuando fue a estudiar allí la profesión de químico. Mi primer viaje a Cuba se produjo en los inicios de la Revolución, y me permitió conocer no sólo la autenticidad del proceso, sino a muchos de mis mejores amigos. Entre ellos estuvo Haydée Santamaría, una persona con la sensibilidad a flor de piel, muy golpeada por la vida pero de un empuje tremendo, como lo demuestra esa obra mayor que es la Casa de las Américas. Esta resulta un experimento fantástico algo que no podrían realizar siquiera esas fundaciones podridas de dinero, que dan algunas becas y punto —sobre todo punto en boca. Veo a la Casa como una universidad abierta a todo el mundo de habla castellana, y la felicito por haberse proyectado también en estos años hacia otras culturas de la región. En fin, de Cuba me gusta todo, hasta que me empujen en las guaguas.

